

22. Patrimonio somos todos. Educación y participación social para entender, sentir y preservar el patrimonio

Pérez Largacha, Antonio

Marañón Martínez de la Puente, Ruth

Universidad Internacional de La Rioja (UNIR), España.

Resumen: El aprendizaje servicio (ApS) es una metodología docente que concede un protagonismo a los estudiantes en su aprendizaje y los sitúa en comunicación y relación con su entorno, tanto del centro educativo como social. En relación con la educación histórica y patrimonial, el ApS permite vincular todos los patrimonios que circundan a los centros escolares con los contenidos curriculares, así como trabajar con instituciones oficiales y sociales para tejer un conocimiento patrimonial que englobe a todos y permita su conservación y valoración. Un aprendizaje y una relación social para valorar nuestro pasado y tradiciones creando unos vínculos emocionales y vitales más allá de una valoración patrimonial asociada al turismo o el beneficio económico que olvida, y esconde, gran parte de la riqueza patrimonial. Una realidad que será analizada en la primera parte del trabajo y que está ocasionando una valoración patrimonial que cae en errores identitarios propios de siglos pasados, motivo por el que el ApS se propone como recurso para vincular nuestro patrimonio con la sociedad y hacer sentir que patrimonio somos todos, al tiempo que sentar unas bases que permitan conocer, valorar y entender el patrimonio de otras sociedades y culturas.

PALABRAS CLAVE: patrimonio, aprendizaje servicio, identidad patrimonial.

1. INTRODUCCIÓN

Patrimonio y sociedad no han ido de la mano en demasiadas ocasiones y en la actualidad el distanciamiento sigue existiendo. Es cierto que la educación patrimonial está cada vez más presente, pero se siguen valorando y conociendo lugares o monumentos, así como museos, que actúan como reclamo cultural y turístico, mientras gran parte del patrimonio, material o inmaterial permanece en el olvido y abandono. Ello se debe a que la sociedad solo considera la conservación de determinados patrimonios, generalmente vinculados al discurso hegemónico y que suelen ser los reivindicados y apoyados de forma institucional. En cierta medida, esta tendencia también influye en un distanciamiento de la sociedad respecto a sus “verdaderos” patrimonios. En palabras de Fontal y Marín-Cepeda (2018, p.485), “los vínculos patrimoniales pueden comprenderse como una suerte de puente entre las personas y el contexto en el que viven”. Sin embargo, cuando no se conoce qué elementos han construido y determinado nuestro entorno y sociedad, resulta complejo y arduo tender esos puentes, por lo que no se valora el patrimonio.

La mayoría de las localidades españolas tienen una historia que se remonta a la prehistoria, la antigüedad o el medievo, un pasado que solo se menciona y difunde como algo que da prestigio y atrae visitantes, pero se desconoce el resto. Es por ello por lo que preguntas, y debates, como si vale la pena convertir en visibles los restos arqueológicos que yacen en el subsuelo de una ciudad adquieren todo su sentido. ¿Cuál podría ser, entonces, el camino a seguir para animar a la sociedad a una participación activa en la conservación y salvaguardia de sus patrimonios sea cual sea su índole? Tal vez una de las bases resida en compartir el proceso de *patrimonialización*, donde no es necesario identificarse solo con elementos palpables, pero donde sí es relevante adentrarnos en las redes de lo comunitario, lo compartido, lo sencillo, la creación de los acervos sociales (Marañón y Maldonado, 2019), de tal modo que así comencemos a entender, sentir y preservar el patrimonio. Es por ello necesario establecer unos vínculos que enlacen a diferentes generaciones, y a estas con su propio entorno, lo que puede lograrse gracias al aprendizaje servicio, poniendo en comunicación a instituciones, oficiales y educativas, que aporten y fusionen su educación y formación patrimonial para alcanzar al conjunto de la sociedad.

2. DICOTOMÍAS EN LA VALORIZACIÓN DEL PATRIMONIO

Como hemos expuesto se detecta una dicotomía en cuanto a la valorización del patrimonio, descrita en dos grandes vertientes. La primera de ellas es la turistificación del patrimonio, donde puede observarse un cambio en la concepción y utilización del patrimonio desde las revoluciones burguesas, cuando sirvió para dotar de unas identidades a estados y sociedades mientras que, en la actualidad, se piensa más en la rentabilidad turística, y por ende económica que puede tener el patrimonio. Este ha de ser visible y emblemático del mensaje que se desea transmitir, relegando a otros patrimonios que no cumplen con dicho objetivo. Una consecuencia de ello es la exageración, el destacar un tipo de patrimonio sobre otros lo que en ocasiones puede llevar incluso a una invención patrimonial. Durante el siglo XIX, los monumentos, el patrimonio, se musealizó al tiempo que se establecía un orden natural en ellos en el que encontraba su ratificación el saber histórico, en la actualidad el patrimonio se utiliza para transmitir lo que la ciudad, el estado o el ámbito cultural donde se encuentra quiere transmitir, que coincide con lo que el visitante espera encontrar.

En las últimas décadas se ha ido creando un turismo de enclaves que, en muchas ocasiones, tiene escasa relación con sus propios entornos. De hecho, esta situación nos aboca a una visión romántica de la cultura, el patrimonio y la identidad, resumida en multitud de ocasiones en celebraciones

gastronómicas o de otro tipo con ciertos tintes etnográficos. Un enfoque, incluso, que nos lleva a una *autenticidad inventada* (Harvey, 1989) o a la reproducción de un imaginario que concede a los diferentes patrimonios la etiqueta de productos en venta (Camarero Rioja, 2019; Jover Báez, 2019).

A esta realidad también contribuye la búsqueda de determinadas identidades, cayendo en ocasiones en intenciones similares a las que tuvieron lugar en los siglos XVIII y XIX. La decisión de proteger y difundir un patrimonio lleva implícito destacar un período histórico y unas señas de identidad que olvida, incluso minusvalora, otras realidades culturales y patrimoniales. Es así como se pueden encontrar recreaciones históricas que transmiten el legado que la antigua Roma dejó en la Península Ibérica, o más frecuentemente el medievo, pero que olvidan y esconden otros patrimonios y legados culturales. En el caso de las ferias medievales es la sociedad, la vida o las costumbres cristianas las que están presentes, olvidando el legado de un patrimonio árabe que subyace y es anterior, una visión que también está presente en las fiestas de Moros y cristianos y cuya celebración se remonta al mismo medievo (Domene, 2015). Lo mismo puede decirse en relación con el mundo romano, sus construcciones e infraestructuras, así como el latín, nos hablan de una romanización que relega a unos pueblos prerromanos, existentes en toda la península ibérica, a un segundo plano, cuando no a una visión bárbara que destaca el carácter civilizador romano.

Sin duda, las recreaciones históricas aportan un conocimiento, así como unos beneficios económicos, y se divulgan como unas actividades en las que participa la sociedad, pero deben de ir acompañadas de una didáctica (Guillen, Hernández y Sánchez, 2021), de una transmisión del patrimonio y no convertirse únicamente en eventos en los que participa la población de una localidad reconstruyendo un hecho histórico (Español Solana, 2019). Incluso existe el peligro de que en algunas ocasiones puedan convertirse en lo que Hobsbawm (2002) consideró como tradiciones inventadas o, como en el caso de la Maragatería, originar una gentrificación rural al convertirse las tradiciones locales en unos espectáculos, aparecer una lucha de intereses entre la población local y visitante, así como propiciar reconstrucciones con materiales impropios de la comarca (Alonso, 2017). Al respecto, es interesante recordar que nuestro legado cultural suele remontarse y ligarse, historiográficamente, a dos tradiciones, la grecorromana y la judeocristiana, relegando al resto a un segundo plano, lo que se refleja en la valoración y conocimiento del patrimonio en la sociedad, salvo excepciones que, precisamente, sirven como reclamo turístico, como la mezquita de Córdoba o la Alhambra de Granada.

La consecuencia de ello es un turismo patrimonial que permite experimentar, vivir lo que se espera encontrar, pero no necesariamente saber y conocer, sino ratificar unas ideas y sentidos preconcebidos. Esta es una de las bases del turismo actual que, en gran medida, está fomentado por los poderes públicos.

En muchas ocasiones dichos poderes, así como sectores de la sociedad, ocultan o minimizan el valor patrimonial de determinados restos ante el temor a su posible impacto, algo que no debería suceder si la sociedad conociera todo su pasado y patrimonio y tuviera una vinculación estrecha y directa con el mismo. Ello minimizaría debates que siguen presentes como la incompatibilidad entre el patrimonio arqueológico y desarrollo. ¿No es acaso también el patrimonio desarrollo? ¿No es sino el hilo que ha tejido y mantenido unidas a las diferentes sociedades y culturas a través de los tiempos con su entorno? Si hablamos de patrimonio, hablamos de tradiciones, de arraigo, de lugar, de tierra... de identidad y, en consecuencia, sería muy osado reducirlo a un matiz económico sin valorar su aspecto social.

El patrimonio es algo vivo que se ha ido construyendo con el paso de los siglos, muchos o pocos, y que seguimos construyendo en la actualidad. No son solo las catedrales, palacios o edificios más representativos de una ciudad, sino la vida de una ciudad, las costumbres de sus habitantes, así como el entorno, urbano y geográfico, en que dichas construcciones, extraordinarias sin duda, se realizaron, pero la tendencia es a destacar lo extraordinario, no lo cotidiano, aislando de ese modo un patrimonio y una historia que se convierte en un producto y espectáculo (Appadurai, 1986).

Cuando se viaja a Egipto se espera ver unos monumentos concretos de época faraónica, no los de tiempos árabes, y podrían señalarse muchos otros ejemplos que incluso están sucediendo en ciudades españolas. El patrimonio se ha mercantilizado, incluso el *souvenir* se ha convertido en el objeto de deseo.

A pesar de ello, incluso a esto podemos y debemos darle una vuelta de tuerca, aportando una mirada positiva y constructivista, porque al igual que los artistas transmiten desde su sensibilidad plástica o visual su mundo, existe una realidad de contar (y escuchar) en las diferentes civilizaciones y pueblos que han sustentado los saberes tradicionales u otras formas de transmisión cultural... existe la necesidad de compartir experiencias, vivencias y saberes. El *souvenir* es una representación, imagen u objeto, de esa necesidad de ser-estar en el mundo (Marañón y Maldonado, 2020, p. 417).

No obstante, más allá del propio objeto que podemos re-significar, el *souvenir* implica una vivencia y más tarde el recuerdo de lo sentido. Por ello el patrimonio no son solo los monumentos que visitamos, sino también la vida en los barrios, sus tiendas, sus antiguas fábricas, un baile, aquel plato delicioso de la abuela o el olor de la tierra tras llover un día de cosecha. Tradiciones y experiencias ligadas a lugares que se están perdiendo por actuaciones dirigidas al beneficio económico, con problemas como la gentrificación, los apartamentos turísticos o el derribo masivo de edificios del pasado, entre otros. El turismo patrimonial ha creado empleos y aportado unos recursos para la restauración cultural, pero también un desplazamiento de la población y una creciente comercialización.

Igualmente, a la sociedad le llega, a través de los medios de comunicación, los beneficios que tiene el turismo patrimonial, apoyado incluso por la UNESCO, que sigue unos parámetros que están originando un elitismo cultural que idealiza el patrimonio (Zhu, 2021), lo que implica hacer todo lo posible para que el turista observe lo que espera, no descubrir o sorprenderse.

La conservación del patrimonio y su utilización incluso con parámetros actuales de beneficio económico es posible, pero para ello es necesaria una gestión que podría llegar a ser demandada desde la propia sociedad, que antes debe conocer y valorar su pasado y patrimonio (Calderón, 2011).

Nos encontramos, en consecuencia, con la otra cara de esta dicotomía: el discurso hegemónico del patrimonio vs. patrimonios (variados, singulares, arraigados a las diferentes sociedades y gentes desde lo más puro y sencillo, esos patrimonios “olvidados”).

En los últimos años, el auge de los videojuegos y de algunas series, así como ciertas noticias que aparecen en los medios de comunicación, han puesto en valor unos patrimonios que, en la mayoría de las ocasiones, solo repiten o refuerzan unos estereotipos e ideas, pero no se conoce el patrimonio de cada localidad, región o comunidad que puede otorgar un conocimiento útil, reforzar una identidad y favorecer una convivencia. El conocimiento de las aportaciones que diferentes culturas y momentos históricos han

realizado es ignoto.

Arte y patrimonio se han entendido, historiográfica y culturalmente, como unas manifestaciones de alta cultura que debían ser contemplado en museos u otros espacios públicos, una forma de experimentar y sentir el pasado que poco aporta y que ha cambiado en los últimos años. Estas manifestaciones al mismo tiempo se han considerado únicas, en especial en el ámbito occidental, que con los siglos ha recogido y reunido en sus museos expresiones y manifestaciones representativas de otras culturas. Es por ello por lo que, desde la óptica de los investigadores de la didáctica, de los museos, pero también desde la antropología, se incide en la necesidad e importancia de considerar el arte y el patrimonio en términos que impliquen la participación y compromiso de la sociedad; y se abandone su contemplación como meros objetos o imágenes (Gell 1998; Morphy y Perkins, 2006). Olvidar el recorrido unidireccional objeto-sujeto para lanzarnos a la acción *patrimonializadora* que se dirige del sujeto al objeto (Fontal y Marín-Cepeda, 2018).

El enfoque en Educación Patrimonial en la actualidad nos lleva a transitar hacia la *socialidad patrimonial*, es decir, entender que es vital una participación de la sociedad para el establecimiento de unas relaciones y dinámicas que aprecien lo propio y lo ajeno, que respeten, vivan y sientan los patrimonios. No se puede gestar el vínculo patrimonial sin haber moldeado sinergias, donde ambientes, atmósferas, sentimientos y emociones confluyen en la noción de colectivo y sociedad (Maffesoli, 1990). De ahí que podamos afirmar que patrimonio somos todos, ya que lo social se teje juntos.

En palabras de Torregrosa y Falcón (2013), la riqueza del patrimonio se esconde en la plasticidad de su concepción, ligada de manera irrefutable a las relaciones sociales y al ejercicio de apropiarnoslo desde lo sensible y sensitivo. Dicho de otro modo, desde una vinculación emocional. Por ello, desde esta perspectiva el abanico de manifestaciones y formas patrimoniales se amplía y gesta nuevas realidades y constructos colectivos, más allá de los circuitos establecidos y hegemónicos.

A pesar de tener cada vez más empaque y respaldo desde instituciones y diversas investigaciones, este enfoque requiere aún de mayor apoyo y visibilidad. Es necesario, en consecuencia, un cambio, una transformación que permita llegar a establecer una comunicación directa entre el patrimonio, el pasado y la sociedad, no solo planteando aquellos aspectos modernos del pasado que siguen estando presentes, también transmitiendo el valor social y cultural y dejar de considerar al patrimonio un problema u obstáculo, sino como una oportunidad de desarrollo social.

Urge, por tanto, tejer más nexos entre entidades culturales y sus entornos, centros educativos abiertos a colaborar con asociaciones, diferentes colectivos o instituciones y de esa forma poner las bases de una “co-producción” patrimonial que situó a la comunidad en el centro del turismo y la valoración patrimonial (Zhu, 2021). De ahí que, desde nuestra perspectiva, una de las posibles oportunidades de crear sinergias y fortalecer vínculos sociedad-patrimonio pase por el aprendizaje-servicio.

3. APRENDIZAJE-SERVICIO: UNA METODOLOGÍA PARA VIVIR EL PATRIMONIO

Si tenemos en cuenta que esta metodología solo se explica desde el compromiso social (Batllé, 2020) y que el vínculo se convierte en el sentido del aprendizaje, podríamos afirmar que nos encontramos ante uno de los enfoques más adecuados para la actuación desde y con el patrimonio. A través del

Aprendizaje-Servicio (ApS) se fomenta la noción de ciudadanos capaces de provocar cambios, necesarios, honestos y fundamentados en la participación consensuada.

Hoy en día existen múltiples talleres didácticos, materiales educativos y propuestas desde entidades, centros culturales y museos, que ofrecen a la sociedad la oportunidad de acercarse a conocer “algo” sobre la historia de la humanidad: arte, ciencias, historia, etnografía o arqueología, por citar algunas. Pero ¿y a experimentar y sentir como propio aquello que sustenta precisamente esta, nuestra historia, cultura y colectividad? ¿Realmente se busca vincular al conjunto de la sociedad con su contexto y bienes?

Este “salir afuera” y trabajar desde la acción, desde el involucrar, experimentar e incidir en lo emocional, en lo sensible, permite tejer una participación social en torno al patrimonio. Un ejemplo significativo es el enfoque que, desde hace años, llevan haciendo algunos museos de arqueología o yacimientos, así como la didáctica del objeto para dejar de ver la cerámica o cualquier otra manifestación como algo del pasado cuando no como una simple piedra (Egea, Arias y Santacana, 2018).

Igualmente, conocer el patrimonio a través de las personas que trabajan en él, véase en una excavación arqueológica, en un archivo, en un museo..., bien presencial o virtualmente, ayuda a eliminar la imagen exótica y de aventura que el cine o las series otorgan al trabajo arqueológico, acercando la realidad a los estudiantes y la sociedad de la función social que tiene el pasado. En íntima relación con ello está la importancia que tiene en la actualidad el aprendizaje no formal (Etxeberria, Vicent y Asensio, 2012), tanto para los estudiantes que adquieren unas ideas previas que muchas veces hay que desmontar, como para el conjunto de la sociedad.

En el entorno de todos los centros educativos hay manifestaciones de un patrimonio, que en muchas ocasiones es poco conocido, desde una fábrica industrial a restos de un pasado arqueológico, sin olvidar el propio patrimonio local de tradiciones y costumbres que también puede unirse al patrimonio inmaterial familiar de los estudiantes que no son originarios de la localidad. Igualmente, en las proximidades de todo centro educativo existen asociaciones, centros culturales o bibliotecas que pueden servir de marco para el desarrollo de proyectos basados en el ApS realizados por los estudiantes.

A lo largo de un curso académico se pueden intercalar los contenidos curriculares con el entorno, conocer su historia y los cambios que ha experimentado, lo que contribuye a la adquisición de una capacidad crítica, de reflexión y observación, una formación ciudadana. Trabajar los contenidos y ponerlos en relación con el entorno de los estudiantes para que sientan el pasado como algo cercano, al tiempo que proporcionar una visión lo más holística posible, traslada a los estudiantes la importancia de relacionar su pasado con la música, el folklore, las costumbres o lo que se pensaba y decía en las fuentes.

Con la guía y orientación de los docentes, que también deben trabajar de una forma conjunta e interdisciplinar que se aleje de planteamientos conceptuales (Lucas Palacios y Estepa, 2016), los estudiantes indagan y elaboran una información que después han de transmitir, bien en el propio centro escolar y, si es posible, en alguno de los centros o instalaciones culturales que existen en su entorno, acercando no solo a sus familias, también a la sociedad del barrio, pueblo o localidad sus reflexiones, conclusiones y valoraciones. De esa forma se van tejiendo unos vínculos que permiten establecer una

comunicación y relación de los centros educativos con sus entornos, que pueden ir ampliándose lentamente.

El ApS convierte a los estudiantes en protagonistas de su aprendizaje, al tiempo que les hace conocer el patrimonio y ponerlo en relación con problemas y situaciones de actualidad, como su conservación, así como su descubrimiento. Pero también lo importante es que con esa labor los estudiantes se comunican y establecen una relación con la sociedad para poner las bases de una valoración y respeto patrimonial, mientras que las instituciones públicas más cercanas (concejalías o ayuntamientos), sienten que la sociedad comienza a valorar su pasado por lo que deberán realizar un esfuerzo y apoyar iniciativas que, en la actualidad, quedan relegadas.

Lógicamente esta es una labor lenta, amenazada por un presentismo que invade todo lo que nos rodea, pero una labor necesaria para que la sociedad sea consciente de su pasado más cercano y adquiera conciencia que la pérdida o desconocimiento de su patrimonio contribuye a su propio olvido y destrucción.

Cuando se habla de Educación Patrimonial en ocasiones se hace desde perspectivas diferentes, como la función y actividades que realizan los museos o la posible implementación docente de unos contenidos en las aulas, planteamientos que son necesarios y enriquecedores, pero que deberían coordinarse para alcanzar una verdadera vinculación de la sociedad y conseguir que se sienta el patrimonio como algo propio. Es por ello por lo que el ApS, con sus variantes o matices metodológicos que puede incluir, como el aprendizaje basado en proyectos, nos ofrece la oportunidad de vincular escuela, museos, patrimonio y sociedad para contribuir a que la sensación, y realidad, de que el patrimonio somos todos vaya calando y germine.

Para alcanzar dicho objetivo se requiere la colaboración de instituciones y personas que, en muchas ocasiones actúan sin colaboración o comunicación entre ellas, o con objetivos diferentes (Mesa Coronado, 2023). Así, uno de los problemas de los investigadores y profesionales del patrimonio y de la historia es que en ocasiones consideran la divulgación, la transmisión didáctica de sus descubrimientos o conocimientos como algo que no es su labor, presentando sus investigaciones en congresos o publicaciones a las que la sociedad no suele acceder, pero el trabajo científico debe revertir a la sociedad (Vaquerizo, 2017).

A través del ApS se pueden establecer dichos vínculos, cualquier miembro de un departamento de la universidad más cercana, o lejana, de un equipo arqueológico, de un museo, de un archivo o incluso de un estudio de arquitectura y el taller de un artista del entorno, pueden impartir charlas, presenciales o no, hacer un seguimiento de los trabajos y colaborar con los docentes para lograr una vinculación que los estudiantes sientan como algo cercano y próximo (Guillen y Hernández, 2018). Al mismo tiempo, durante la presentación pública de lo aprendido y realizado por los estudiantes también pueden acudir, debatir y transmitir, al tiempo que los estudiantes, y la sociedad, los verá más cercanos. Con seguridad, muchos investigadores hubieran querido en sus años de formación que ello hubiera sido posible.

Lógicamente no todos los estudiantes se van a convertir en especialistas en alguna de las ramas de las Ciencias Sociales, pero sí pueden interiorizar las bases de un conocimiento, una valoración patrimonial que les va a guiar en su madurez con la toma de decisiones.

El ApS sitúa a los estudiantes en el centro del sistema de aprendizaje, los vincula con sus entornos y sociedad, al tiempo que permite establecer unos vínculos entre bienes y personas que generan emociones y vivencias, por lo que el patrimonio se convierte en parte de su historia personal y social. Una educación patrimonial que les descubre no solo los magnos monumentos del pasado, también el edificio, la fábrica, la tienda, el cine y la vida del barrio, expresiones de su pasado que deben protegerse para que sientan su pasado y perviva, al tiempo que se contribuye a su reactivación económica y de gestión desde ópticas y objetivos diferentes a los imperantes en la actualidad (Sánchez-Carretero y Roura, 2021).

4. CONCLUSIÓN

En el intento de virar la tendencia de que el patrimonio se siga percibiendo como algo elitista, ligado a la riqueza, a ciertos estereotipos de exotismo y monumentalidad, e investigado y cuidado por especialistas, la Educación Patrimonial recalca la necesidad de enfocarnos en significar las experiencias que se proponen en torno al patrimonio, fortalecer los vínculos que se establecen entre sociedad y bienes, apropiándose de su historia, de las historias que subyacen tras esas manifestaciones y que son el vivo reflejo de su identidad.

Así pues, para el conocimiento y preservación del patrimonio es imprescindible la implicación de la sociedad, pero para ello debe ser cambiada la forma de transmitir el pasado y la relación de los museos y otras instituciones culturales con la sociedad. El objetivo no sería otro que poder implicar a la sociedad en la preservación de cualquier patrimonio que forma parte de su pasado y cultura.

Si obviamos este transitar por lo patrimonial y su didáctica, y se elige exclusivamente lo más representativo y se olvida y/o relegan otros períodos históricos, culturas y sociedades que también formaron parte de la identidad de la localidad, el patrimonio se encapsula. El patrimonio se asfixia y las acciones se dirigirán a la *turistificación* de estos entornos y bienes (Jover Báez, 2019) sin crear los vínculos tan necesarios para sentir como propios los patrimonios de los que somos parte. Una realidad que a su vez genera un alejamiento de las Ciencias Sociales y de una sociedad que no comprende su utilidad, la relación de un pasado con su presente e identidad.

El patrimonio es un *corpus* vivo y maleable, extenso y plural, diverso y rico, reflejo de cada cultura y colectivo. Corazón de los pueblos y sus vivencias, sigue dispuesto a ser moldeado y a moldear a las futuras generaciones. Sin embargo, solo si se llega a establecer ese vínculo, ese nexo, podremos salvaguardarlo en sus diferentes formatos (materiales e inmateriales, monumentales o pequeños, antiguos o contemporáneos). El patrimonio somos todos y cada uno de nosotros, con nuestra realidad y nuestra mochila vital. Es tiempo de la participación social y así, poder entender, sentir y preservar nuestras raíces, nuestra historia, nuestra cultura, nuestra identidad. En definitiva, es tiempo de socialidad patrimonial, es tiempo de cuidar y vivir nuestro patrimonio. Utilizando el ApS en los centros escolares y en relación con la propia sociedad que habita las ciudades y pueblos, se puede ir creando una conciencia patrimonial necesaria e imprescindible que además contribuye a que el patrimonio no sea considerado un obstáculo para el desarrollo económico y social, sino el alma de la propia comunidad.

REFERENCIAS

- Alonso, P. (2017). Heritage and rural gentrification in Spain: the case of Santiago Millas. *International Journal of Heritage Studies*, 23(2), 125-140.
- Appadurai, A. (1986). *The Social life of things. Commodities in Cultural perspective*. Cambridge.
- Batlle, R. (2020). *Aprendizaje-servicio. Compromiso social en acción*. Santillana.
- Calderón, B. (2011). Notas acerca de lo monumental y lo cotidiano. Interpretación de los paisajes urbanos desde el punto de vista turístico. *Norba. Revista de Arte*, XXXI, 219-234.
- Camarero Rioja, L. (2019). Los patrimonios de la despoblación: la diversidad del vacío. *Revista PH* [en línea], 98, 50-69. <https://doi.org/10.33349/2019.98.4517>
- Domene, J. F. (2015). *Las fiestas de moros y cristianos*. Alicante: Servicio de publicaciones Universidad de Alicante.
- Egea, A., Arias, L. & Santacana, J. (Eds.). (2018). *Y la arqueología llegó al aula... La cultura material y el método arqueológico para la enseñanza de la historia y el patrimonio*. TREA.
- Español Solana, D. (2019). Historia para todos: recreación histórica, didáctica y democratización del conocimiento. *Her&Mus*, 20, 7-23.
- Etxeberria, I.; Vicent, N. y Asensio, M. (2012). Aprendizaje informal, patrimonio y dispositivos móviles. Evaluación de una propuesta en educación secundaria. *Didáctica de las Ciencias Experimentales y Sociales*, 26, 3-18.
- Fontal-Merillas, O. y Marín-Cepeda, S. (2018). Nudos Patrimoniales. Análisis de los vínculos de las personas con el patrimonio personal. *Arte, individuo y Sociedad*, 30(3), 483-500.
- Gell, Alfred. (1992). The technology of enchantment and the enchantment of technology. En J. Coote y A. Shelton, (Eds.), *Anthropology, art and aesthetics* (pp. 40-63). Clarendon Press
- Guillén, P. y Hernández, A. (2018). La colaboración de la escuela y las instituciones culturales para la Educación Patrimonial: estudio de caso. *CLIO*, 44, 146-169.
- Guillén, P.; Hernández, A. y Sánchez, J. (2021). Educación, patrimonio y turismo: garantía de sostenibilidad. *REIDICS*, 9, 254-274.
- Gosden, C. y Marshall, Y. (1999). The Cultural Biography of Objects. *World Archeology*, 2(31), 169-178.
- Harvey, D. (1989). *The condition of postmodernity: An enquiry into the origins of cultural change*. Blakwell.
- Hobsbawn, E. (2002). Introducción. La invención de la tradición. En Hobsbawn, E. y Ranger, T. (Eds.), *La invención de la tradición*, (pp. 7-21). Crítica.
- Jancovich, L. (2015). Breaking Down the Fourth Wall in Arts Management: The Implications of Engaging Users in Decision-Making. *International Journal of Arts Management*, 18(1), 14-28.
- Jover Báez, J. (2019). ¿Hay patrimonio sin comunidad? Despoblamiento, turistificación y patrimonio cultural. *Revista Patrimonio Histórico*, 98, 308-309. <https://doi.org/10.33349/2019.98>
- Lucas Palacios, L. y Estepa, J. (2016). El patrimonio como instrumento para la formación de la ciudadanía crítica y participativa. *Investigación en la escuela*, 89, 35-46.
- Maffesoli, M. (1990). *Au creux des apparences: pour une éthique de l'esthétique*. CNE-CNAM.
- Marañón, R. y Maldonado, S. (2020). Rasgar y zurcir la memoria. La *performance* como recurso para (re)significar los patrimonios perdidos. En R. De la Fuente Ballesteros, C. Munilla Garrido, y J. García-Medall, (Eds.), *Patrimonio, creatividad y teatro: Territorios comunes* (pp. 41-48). Verdelis.

- Marañón, R. y Maldonado, S. (2019). Viajes hacia lo sensible: souvenirs vitales. En R. De la Fuente Ballesteros, C. Munilla Garrido, y J. García-Medall (Eds.), *Educación, patrimonio y creatividad* (pp. 409-420). Verdelis.
- Mesa Coronado, M. del P. (2023). La percepción del profesorado universitario sobre su colaboración con las instituciones patrimoniales en la enseñanza de la historia. *El Futuro del Pasado*, 14, 603- 641. <https://doi.org/10.14201/fdp.27161>
- Morphy, H. y Perkins, M. (2006). *The Anthropology of art: A reflection on its history and contemporary practice*. Blackwell.
- Sánchez-Carretero, C. y Roura, J. (2021). Participación: usos, límites y riesgos en los proyectos patrimoniales. En I. Arrieta y I. Diaz (Eds.), *Patrimonios y museos locales: temas clave para su gestión* (pp. 345-363). Colección PASOS 22.
- Torregrosa, A. y Falcón, M. (2013). Patrimonios instintivos. En Huerta, R. y De La Calle, R. (Eds.), *Patrimonios migrantes* (pp. 125-131). Universitat de Valencia.
- Vaquerizo Gil, D. (2017). Arqueología pública, o del uso social del patrimonio. *Otarq*, 2, 251-84.
- Zhu, Yujie. (2021). *Heritage Tourism*. Cambridge Elements.